

LOS PRECIOS, TEMA CANDENTE

No se habla de otra cosa. Ha brotado como un sarampión. Todos nos creemos un poco economistas y si antes la preocupación fué por las alternativas de los embalses, ahora la curiosidad se proyecta hacia las variaciones de la circulación fiduciaria, atentos a su descenso como síntoma de que remite la fiebre inflacionista por virtud de los calmantes y remedios estabilizadores.

Balanza de pagos, disminución de "stocks", intermediarios inútiles, incitaciones a la competencia, nuevos sistemas de ventas, capacidad de consumo, enunciados, entre otros, de las cuestiones discutidas con calor dentro y fuera de casa, lo mismo en el ambiente sainetesco y popular de la taberna que en el escenario frívolo de la cafetería, en los vestíbulos bancarios y teatrales, en las sobremesas de los restaurantes. En todas partes: la estabilización es como una gripe muy contagiosa, y pocos se libran de ella.

Unos andan desasosegados y revueltos para acomodar sus ingresos al presupuesto de gastos domésticos, porque las entradas han experimentado recortes o mermas; lo de apretarse el cinturón ha dejado de ser una frase humorística para convertirse en una realidad ingrata. Se afanan los comerciantes por compensar la disminución de ventas, aguzan el ingenio y tratan con espejuelos y socialinas de atraerse a los compadres reacios. Los del gremio de ultramarinos estudian en veladas dignas de alquimistas el hallazgo de la piedra filosofal para dar cinco por uno. Desde hoy, o tal vez mañana, aparecerán remozados con nuevas tarifas, después de aplicar una moderna terapéutica a las viejas dolencias mercantiles. Gradualmente abaratarán todos sus artículos para dar la batalla en el terreno de los precios a los competidores que por haberse adelantado en esta carrera han conseguido arrebatárselos clientela. Cabe amonestarles por su descuido y retraso y por no haberse movido con mayor diligencia y vista desde que empezó a formarse el nublado. En unos años de prosperidad artificial el oropel inflacionista engañó a muchos. Los equivocados aceptaban como axioma que los precios siempre van hacia adelante y una vez escaladas las cimas no bajan: decían también que una mercancía almacenada y estática aumentaba de valor, no siendo necesario esforzarse en venderla. De ello deducían la superioridad de la mercancía sobre el dinero y tentaban a la gente al gasto, porque la moneda valía poco y cada vez menos...

Y cuando hemos querido sincronizar con las economías de otros países y ponernos en línea y en situación para merecer el apoyo de los económicamente fuertes, no hemos tenido más remedio que retroceder a los cuarteles de invierno: austeridad, profilaxis en los gastos superfluos, limitación de créditos, régimen de sanatorio para que convalezca la peseta con el propósito de fortalecerla.

Para que nuestra moneda conquiste el aprecio debido son menester reflexión y una actitud de respeto por parte de todos. En especial de cuantos la han menospreciado dando a las cosas un valor fantástico, con el criterio erróneo de que ganar dinero es cosa sencilla, facilísima y sin mérito. ¡Cuántos estragos han producido las mil historias de los enriquecidos súbitamente, por unas maniobras afortunadas, una jugada o una racha de suerte en

la compraventa de pisos o coches! El tránsito de pelagatos a millonario resultó travesía fácil para no pocos audaces y avispados. Los derroches de los pródigos trastornaron a ciertos mercaderes, sin considerar que al equivocarse agotaban a la mayoría de los ciudadanos, que hacen el camino de su vida con agobio y dificultades.

Los efectos de la política estabilizadora no pueden circunscribirse a unos pocos artículos. Debe alcanzar un área mayor, en el que se hallen comprendidos tejidos, calzado, medicinas, muebles. No parecería mal que imitando al gremio de ultramarinos otros comerciantes practicaran retiro para reajustar los precios; por ejemplo, ¿debe prevalecer la actual cotización por el café y otras bebidas?, y ¿es justo que en las marisquerías algunos artículos se vendan a cinco y seis veces el precio de origen?

Hay otro renglón digno de atención. El de hoteles y restaurantes. Frecuentes son las loas por el auge del turismo. Tenemos motivos para afirmar que a los huéspedes se les aprieta demasiado cuando se les presentan esas facturas desintegrándose como cohetes de bengalas con flécos y apéndices por todas partes. Tampoco estamos muy seguros de que no se desfiguren los contratos negociados fuera de España a la hora de hacerlos efectivos aquí. La baratura, máxima atracción años atrás para influir en el ánimo de los turistas, ha desaparecido. El turismo vuelve a ser un lujo reservado a los millonarios. Y hay industriales que aderezan unas habitaciones con muebles de anea y unas cretonas y compiten en precios con las residencias de Miami y de la Costa Azul.